

Una aproximación conceptual a la crisis de

Ceuta

12 de octubre de 2026

Jesús De Miguel

Resumen

El presente artículo aborda la crisis de seguridad de Ceuta desde una perspectiva conceptual, cuestionando la utilización del término «guerra híbrida» para caracterizar acontecimientos que, pese a su gravedad y trascendencia estratégica, no responden necesariamente a la naturaleza del fenómeno bélico. A partir de las aportaciones de Clausewitz y Bouthoul, se establece una diferenciación entre la continuidad de la naturaleza de la guerra y la discontinuidad de sus manifestaciones históricas. Sobre esta base, se examina la transformación político-social y tecnológico-militar de los conflictos armados, prestando especial atención a las guerras de quinta generación. Este recorrido permite delimitar conceptualmente las guerras híbridas y la conflictividad en zona gris, identificando sus elementos comunes y sus diferencias esenciales. Finalmente, el análisis de la crisis de Ceuta, en el contexto de las relaciones entre España y Marruecos y de la instrumentalización de los flujos migratorios como mecanismo de presión estratégica, conduce a interpretar estos acontecimientos como una manifestación de conflictividad en zona gris, antes que como una guerra híbrida. Se concluye destacando la importancia de la precisión conceptual para la correcta identificación de las amenazas y la formulación de respuestas estratégicas proporcionadas y eficaces.

Abstract

This article examines the security crisis in Ceuta from a conceptual perspective, questioning the use of the term "hybrid warfare" to characterize events which, despite their seriousness and strategic significance, do not necessarily correspond to the essential nature of war. Drawing on the contributions of Clausewitz and Bouthoul, it establishes a distinction between the continuity of war's nature and the discontinuity of its historical manifestations. On this basis, the article explores the political, social, technological, and military transformation of armed conflict, paying particular attention to fifth-generation warfare. This theoretical framework provides the basis for distinguishing hybrid warfare from gray-zone conflict, identifying their shared characteristics and fundamental differences. Finally, the analysis of the Ceuta crisis, within the context of Spanish Moroccan relations and the instrumentalization of migration flows as a means of strategic pressure, leads to the interpretation of these events as a manifestation of gray-zone conflict rather than hybrid warfare. The article concludes by emphasizing the importance of conceptual precision in accurately identifying threats and developing proportionate and effective strategic responses.

Palabras clave

Naturaleza de la guerra; evolución de la guerra; guerra híbrida; zona gris; amenazas híbridas; crisis de Ceuta; presión estratégica.

NOTA: Las ideas contenidas en esta publicación son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del Centro Universitario ISEN ni de la Universidad de Murcia.

Keywords

Nature of war; evolution of warfare; hybrid warfare; gray zone; hybrid threats; Ceuta crisis; strategic pressure.

Cómo citar el artículo

De Miguel, Jesús. Una aproximación conceptual a la crisis de Ceuta

Aula de Estudios Estratégicos-Isen. <https://isen.es/publicacion/una-aproximacion...-crisis-de-ceuta/>

¡Error! No hay texto con el estilo especificado en el documento.

Una aproximación conceptual a la crisis de Ceuta

1. INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA GUERRA.

En las últimas semanas, desde que el pasado 30 de julio se produjera el asalto masivo al territorio español por la frontera de Ceuta, son muchas las ocasiones que se está recurriendo a la expresión “*guerra híbrida*” para referirse a la intervención del Reino de Marruecos en la agresión a la soberanía territorial de España en la ciudad ceutí. En estas líneas sostengo lo inadecuado de la utilización de este término en situaciones que no se corresponden con la complejidad del fenómeno de la guerra, entendiendo que el hecho de que se genere un escenario de inseguridad provocado por la utilización de instrumentos híbridos no lo convierte necesariamente en una guerra, sino que se trata de una manifestación de una competencia difusa en el entorno de “*zona gris*”.

Para ello, pretendo recurrir a la revisión del concepto de la Guerra, apoyándome en autores clásicos como Clausewitz y Bouthoul, los cuales son un referente para analizar este fenómeno desde sus facetas políticas y sociales, respectivamente. Estos autores pertenecen a épocas muy diferentes. El primero de ellos, militar y estratega alemán de finales del Siglo XVIII y XIX podría ser considerado el primer gran tratadista de la guerra y la estrategia en un momento transcendental de la Historia moderna. Mientras que el segundo, Gastón Bouthoul fue un economista y politólogo tunecino de nacimiento y nacionalizado francés (1896-1980), cuya obra sobre la guerra se centra en la dimensión sociológica de este fenómeno bélico.

Si a través de los autores anteriormente citados pretendo llevar al lector a la comprensión del concepto general de la guerra, con la concurrencia tratadistas contemporáneos como Colin S. Gray, Mary Kaldor, Williamson Murray, Peter Mansoor o Rupert Smith, entre otros, nos aproximaremos a la evolución de este fenómeno universal. Así, con los primeros llegaremos a comprender la verdadera naturaleza de la guerra, mientras que con el segundo grupo de autores nos permitirá centrar el foco del estudio sobre sus características.

Esta diferenciación entre la naturaleza y las características de las guerras no es baladí; al contrario, por medio de ella podemos extraer una primera enseñanza: la guerra tiene una naturaleza constante –*carácter continuo de la guerra*–, pero que, sin embargo, atendiendo a sus características y manifestaciones, la guerra es un fenómeno dinámico y adaptativo –*carácter discontinuo de la guerra*–. La diferenciación entre la continuidad y discontinuidad no tiene una manifestación lingüística en nuestro idioma, lo que dificulta su comprensión, a diferencia de lo que sucede con el idioma inglés que utiliza palabras diferentes para referirse a una y otra: *war*, expresión asociada a la naturaleza y catalogación del fenómeno, y *warfare*, para expresar las condiciones en las que se desarrolla.

Pero volviendo a lo expuesto en el primer párrafo sobre la utilización de vocablos inapropiados o, cuando menos imprecisos, no es algo que sea exclusivo de lo que estamos observando actualmente con la ligereza con la que se emplea el citado término de guerra híbrida. La denominación de Guerra Fría al período comprendido entre la

finalización de la Segunda Guerra Mundial y la caída del Muro de Berlín¹, podría ser un ejemplo palmario. Si bien, el Mundo no vivió una guerra directa entre las dos superpotencias que daban nombre al orden bipolar, al menos desde una interpretación estricta de este término, tampoco se disfrutó de una paz estable; muestra de ello los conflictos armados que sufrieron países como Vietnam, Afganistán, Israel, Egipto, Siria, Líbano, etc., los cuales tuvieron muy poco de fríos y mucho de contiendas cruentas, mostrando toda la capacidad destructiva de la guerra.

Al amparo de las conflagraciones citadas y de la gran mayoría de los procesos de independencia de los nuevos Estados surgidos en este período de tiempo surgió el término de “*guerras proxy*”; el cual podría ser traducido como guerras por delegación, para referirnos a una manifestación de los conflictos armados entre dos potencias que utilizan a un tercer país para evitar el enfrentamiento directo entre ellas. En este contexto la Guerra Fría se podría entender, no tanto como un fenómeno bélico en sí mismo, sino como un conflicto entre dos modelos diferentes de entender la realidad, dos voluntades opuestas en una competencia permanente entre ellas, dos potencias que no asumieron el riesgo de un enfrentamiento abierto entre ellas por mor del poder nuclear, cuya aplicación hubiera supuesto un verdadero holocausto, pero que la violencia sobre el adversario la aplicaban de manera indirecta sobre otros países.

El nuevo orden mundial surgido tras la caída del Muro hacía prever un camino hacia la Paz, como anticipaba erróneamente Francis Fukuyama en su “*fin de la historia*”, quien publicaba en 1992 su libro más conocido, *The End of History and the Last Man*; en él este politólogo estadounidense exponía su polémica tesis: *la historia, como lucha de ideologías, ha terminado, con un mundo final basado en una democracia liberal que se ha impuesto tras el fin de la Guerra Fría*. Sin embargo, no solamente no cesó la lucha armada, sino que ésta se vio incrementada, aunque con una lógica diferente –carácter discontinuo de la guerra–, sino que incluso, nos podríamos preguntar, hoy en día, también sobre un hipotético fracaso de las democracias liberales, a la vista de los liderazgos difusos que rigen el sistema internacional.

A partir de ese momento, los conflictos armados iban a ir adoptando unas características y generando unos efectos difícilmente imaginables hace tan solo unas décadas. Esta manifiesta discontinuidad de la guerra ha llevado también a la dificultad de aproximarnos a este fenómeno violento. Indudablemente la globalización y la interconexión del sistema internacional en nuestros días, unido a la debilidad normativa y liderazgo difuso que en él se manifiesta, han sido factores que han alterado profundamente las relaciones internacionales, obviando el tradicional continuum colaboración-competencia como estados intermedios entre la paz y la guerra, para desarrollarse en un entorno de caos que genera una zona gris en la que la conflictividad, asociada a las amenazas híbridas de las que hablaremos más adelante, se conforma como una manifestación inherente a las relaciones internacionales en la tercera década de este Siglo XXI.

¹ La denominada Guerra Fría se inicia formalmente en el año 1947 con la promulgación de la Doctrina Truman, declaración política de este presidente estadounidense para contener la expansión del comunismo, y finaliza en 1991 tras la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)

Aproximarnos a esta realidad exige, por tanto, establecer una secuencia conceptual que permita diferenciar la guerra de otras formas de conflictividad. Para ello, será necesario partir de la propia definición de la guerra y de aquellos elementos que la configuran y permanecen relativamente constantes en el tiempo, para abordar posteriormente las características que determinan sus diferentes manifestaciones y explican su carácter dinámico y adaptativo. Esta distinción entre lo que permanece y lo que cambia permitirá analizar el proceso hacia los conflictos híbridos contemporáneos y, particularmente, la expansión de la competencia y la confrontación en la denominada zona gris. A partir de este marco conceptual será posible determinar cuándo el empleo combinado de instrumentos militares y no militares forma parte de una guerra y cuándo, por el contrario, constituye una estrategia de presión o coerción desarrollada por debajo del umbral del conflicto armado; distinción que finalmente aplicaremos al caso de Ceuta.

2. NATURALEZA DE LA GUERRA. PRINCIPIO DE CONTINUIDAD.

Comenzaremos por una cita de Clausewitz cuando en el Libro Primero de su obra *De la Guerra* se refiere a este fenómeno como un acto de violencia para imponer nuestra voluntad al adversario, y más adelante añade que su verdadero sentido no es otro que la lucha, como único principio activo de las múltiples manifestaciones de lo que se llama guerra en su sentido más amplio.²

Este importante tratadista nos introduce también a otro aspecto importante para describir su naturaleza: *“la guerra es una mera continuación de la política por otros medios”*. Entendiendo con ello que este fenómeno debe de ser interpretado como un verdadero instrumento de la política, cuya ejecución requiere la utilización de otros medios.³

En este orden de ideas se establece una clara interdependencia entre fines y medios, los primeros propios de la política, mientras que los segundos se refieren al modo como se pueden materializar aquellos, siendo la estrategia el puente que une los fines y los medios, lo deseable y lo posible.

Por otra parte, el propio Clausewitz admite el carácter camaleónico de la guerra, es decir, su capacidad de adaptación cuando se refiere a las tendencias, lo que de alguna manera viene a reafirmar la dualidad expuesta en la introducción sobre su carácter continuo y discontinuo en su naturaleza y condiciones, respectivamente. Esta manifestación de su capacidad evolutiva se encuentra íntimamente asociada a la dimensión trinitaria que tiene la guerra, para este general prusiano: *“una fantástica trinidad compuesta de la violencia originaria de su elemento, el odio y la enemistad; del juego de las probabilidades y del azar, que la convierten en una libre actividad del espíritu; y de su naturaleza subordinada de herramienta política, que la hace caer dentro del mero entendimiento”*.⁴ En esta vertiente trinitaria de la guerra su primera cara –la violencia y el odio– está orientada hacia al pueblo, en el que reside la pasión y el compromiso con la guerra; la segunda cara –la gestión de la racionalidad y el azar– lo

² Clausewitz, Carl von. (Epub.2014). *De la Guerra*. Versión completa. La Esfera de los Libros. Madrid, España

³ *Ibídem*

⁴ *Ibídem*

asocia al general (en palabras del propio Clausewitz), es decir con la voluntad y la capacidad para alcanzar la victoria; y la tercera –la subordinación a la política– con los gobiernos, quienes al fin y a la postre determinan los objetivos políticos de la guerra, o lo que es lo mismo los que aportan la razón.

Así pues, podríamos inferir que para el estratega prusiano la guerra se sustenta en dos grandes pilares, por una parte, su condición política; y, por otra, su carácter controversial, orientado a imponer la propia voluntad al adversario mediante el recurso a la violencia.

Conviene hacer una precisión sobre la soberanía para entender con mayor precisión la doctrina *clauswitziana* sobre la guerra. Este concepto, entendido como la condición esencial para la supervivencia del Estado y por ende asociada al fenómeno de la guerra, que surge con el advenimiento del Estado nación, tras la Paz de Westfalia, se asocia a las monarquías absolutas del Antiguo Régimen, cuyos monarcas solamente rendían cuenta ante Dios. Tras la Revolución Francesa se va a ir consolidando una progresiva afirmación de la soberanía nacional y popular, por la que el ciudadano se convierte en sujeto político y se amplía extraordinariamente la capacidad del Estado para movilizar recursos humanos y materiales. La guerra adquiere de ese modo una dimensión nacional mucho más intensa, lo cual es determinante en el pensamiento estratégico de Clausewitz para establecer su modelo trinitario –pasión, voluntad y razón– en el que la soberanía constituye el nexo entre los ciudadanos y los gobernantes y el objeto de la voluntad de los ejércitos para garantizarla.

Si el general prusiano nos introduce en los aspectos filosóficos, políticos y estratégicos de la guerra, Gaston Bouthoul nos aporta la dimensión sociológica que nos ayuda a definir su naturaleza. Este autor francés, en su Tratado de Polemología, es quien introdujo el estudio científico de la guerra como parte de las ciencias sociales, acuñando precisamente el término de Polemología: *“El estudio objetivo y científico de las guerras como fenómeno social susceptible de observación.”*⁵

Desde la perspectiva polemológica de Bouthoul, la guerra puede delimitarse a partir de tres elementos identificadores: su carácter colectivo, su dimensión jurídica y el recurso a la violencia organizada. El primero permite interpretar la guerra como un fenómeno esencialmente social en el que concurren tanto los atributos de los grupos enfrentados como las finalidades que persiguen. Históricamente, estos actores han evolucionado desde imperios, pueblos y comunidades hasta el Estado moderno, al que posteriormente se han añadido actores no estatales de muy diversa índole. Las finalidades aportan un segundo componente a esta dimensión colectiva: frente al carácter particular de otras formas de violencia, la guerra persigue objetivos vinculados a los intereses del grupo político. Sin embargo, la creciente participación de organizaciones insurgentes, grupos terroristas, organizaciones criminales y fuerzas paramilitares ha difuminado progresivamente tanto la identificación de los actores como la esencia estrictamente política de sus objetivos.

El segundo elemento es el carácter jurídico de la guerra. Su regulación ha contribuido decisivamente al desarrollo del derecho internacional, tanto respecto a las condiciones

⁵ Bouthoul, Gaston (1984). Tratado de Polemología: Sociología de las Guerras. Ediciones Ejército. Madrid, España

que legitiman el recurso a la fuerza *–ius ad bellum–* como a las normas que regulan su conducción *–ius in bello–*. Este marco jurídico, complementado por el derecho internacional consuetudinario, permite diferenciar la guerra de otras manifestaciones de violencia, aunque las transformaciones experimentadas por los conflictos contemporáneos plantean nuevos problemas respecto a su aplicación y a conceptos como la legítima defensa o la responsabilidad de proteger.

Finalmente, Bouthoul incorpora la violencia como tercer elemento identificador. La guerra supone el empleo organizado de la violencia para imponer una voluntad colectiva, diferenciándose así de otras manifestaciones violentas de carácter individual o criminal. No obstante, también esta característica se ha vuelto más compleja como consecuencia de la heterogeneidad de los actores presentes en los conflictos actuales y de su desigual sometimiento a las normas y usos que regulan la violencia armada.

De acuerdo con lo expuesto en este segundo punto, podríamos asumir que el carácter continuo del fenómeno bélico se sustenta en una serie de elementos que permanecen relativamente constantes: la guerra constituye un acto político y colectivo, supone una confrontación entre voluntades y comporta el recurso organizado a la violencia. Estos elementos configuran su naturaleza más allá de que los objetivos políticos, los intereses estratégicos, los actores intervinientes y las manifestaciones de la violencia adopten singularidades propias determinadas por los parámetros de tiempo y espacio.

Ahora estamos en condiciones de abordar el segundo principio, relacionado con la discontinuidad de la guerra, que ya anticipaba el propio Clausewitz: *“la necesidad de la lucha ha llevado tempranamente al hombre a inventos propios para proporcionarse ventaja en la misma; esto ha cambiado mucho el combate; pero sea cual sea su condición, su concepto no cambia por ello, y es él el que distingue a la guerra”*. De este modo, la continuidad de la naturaleza de la guerra no contradice su permanente capacidad de adaptación y transformación. Es precisamente esta tensión entre aquello que permanece y aquello que cambia la que permite explicar el carácter discontinuo de sus manifestaciones históricas.

3. LA TRANSFORMACIÓN DE LA DINÁMICA DE LA GUERRA. PRINCIPIO DE DISCONTINUIDAD.

Al referirnos a la evolución de las guerras debemos de tomar en consideración dos perspectivas diferentes que impulsan el cambio: su dimensión político-social y la transformación en el campo tecnológico-militar. Las primeras están ligadas a los cambios geopolíticos y sociales que influyen en los cambios estructurales y dinámicos que configuran el sistema internacional, mientras que las segundas se centran en los aspectos más vinculados al poder militar en sus aspectos estratégicos y operacionales.

3.1. Transformación político social de la guerra.

Desde este enfoque se podrían considerar cinco hitos históricos que han introducido profundos cambios sociales y geopolíticos, los cuales han tenido una relación directa con el proceso evolutivo de los conflictos armados.

- Westfalia y la consolidación del Estado moderno. Con el Tratado que pone fin a la guerra de los treinta años en 1648, surge lo que podríamos denominar la estatalización de la guerra, quedando circunscrita a una razón de Estado. A partir de ese momento van a surgir los ejércitos permanentes, en detrimento de los ejércitos de levás.
- La Revolución Francesa y la Revolución Industrial. El primero de estos hitos históricos va a ser determinante en el surgimiento de los nacionalismos. Para sostener la república recién creada, Francia precisa la movilización de grandes contingentes de tropas, surgiendo el modelo del pueblo en armas y con ello la conscripción. Por su parte la revolución industrial, facilitará la expansión de los imperios, junto a importantes avances tecnológicos en los ejércitos, en particular en la movilidad estratégica, de la mano del ferrocarril; en las comunicaciones, por la expansión del telégrafo; y el poder de destrucción de los nuevos ingenios armamentísticos.
- La Guerra Fría. Si bien ya exponíamos en la introducción la ambigüedad del término, no es menos cierto que define una época histórica marcada por el orden bipolar entre Estados Unidos y la Unión Soviética. En lo que respecta a la evolución de las guerras sería el desarrollo del poder nuclear su principal seña de identidad, en el que la expansión del arma atómica tendría dos consecuencias fundamentales, fruto de su inmensa capacidad de destrucción. La primera de ellas llevó a un profundo cambio en los estudios sobre seguridad, primando la prevención de los conflictos armados sobre las estrategias para su desarrollo y conducción. Por otra parte, una segunda derivada sería la coexistencia simultáneamente de estrategias de disuasión, tendentes a evitar el conflicto armado, con las que abogaban con la destrucción asociada al empleo del arma nuclear.

En cierto modo, este período de tiempo la seguridad internacional se iba a caracterizar por una cierta estabilidad, una suerte de orden imperfecto, que permitiría una cierta racionalidad en la gestión de crisis. Así pues, iban a convivir las guerras de destrucción que habían caracterizado a los dos conflictos mundiales, con las guerras limitadas y las guerras proxy, a las que anteriormente nos referíamos como una manera de evitar la confrontación abierta entre las dos potencias que conformaban el orden mundial. Por otra parte, corolario de este orden bipolar sería el auge de las alianzas, como única manera con las que las potencias medias podían garantizar su seguridad.

- La caída del Muro de Berlín y el nacimiento de un orden multipolar. La desaparición de la URSS dejó a Estados Unidos como potencia hegemónica de un sistema internacional que iba a ir adquiriendo una mayor complejidad con la aparición de potencias emergentes con intereses regionales que amenazaban la seguridad global cada vez más interdependiente, lo que iba a conducir a un orden mundial multipolar, pero con una potencia, EE.UU., en la que se concentraba el mayor poder político, económico y militar. En lo que se refiere a la contribución de este nuevo orden a la evolución de las características de las guerras habría que considerar tres factores fundamentales: la quiebra de gran parte de los nuevos países surgidos bajo la

tutela de las dos potencias que dominaron el período de la Guerra Fría, dando lugar a los Estados fallidos; la inclusión de actores no estatales con intereses globales no siempre coincidentes con las potencias del sistema; y de una manera muy notable el exponencial desarrollo tecnológico que iba a surgir en las últimas décadas del pasado siglo.

- El nuevo orden mundial del Siglo XXI. Desde la óptica de la seguridad internacional este siglo comienza el 11 de septiembre de 2001 con el ataque perpetrado por Al Qaeda en territorio estadounidense. El orden mundial va ir avanzando a lo que Kupchan⁶ describe como “*post-occidental*”, caracterizado por su desequilibrio, descentralización y desideologización. Es desequilibrado porque el poder político, económico y militar se encuentra distribuido desigualmente entre las potencias del sistema. Su condición de orden descentrado viene como consecuencia de la mayor relevancia que reciben los intereses regionales sobre los asuntos globales, generando una globalización desplazada. La ausencia de ideologías se manifiesta como causa y efecto del relato y la propaganda facilitado por el desarrollo de las redes sociales, y la relativización del marco normativo internacional.

Entre los principales elementos diferenciadores del conflicto bélico de esta época podrían citarse los siguientes: la transnacionalización de las guerras, como consecuencia de la globalización de sus efectos; la concurrencia de fenómenos violentos como la criminalidad organizada y el terrorismo, junto a la manifestación una suerte de amenazas híbridas de las que hablaremos más adelante. Se podría afirmar que son guerras que se libran en un entorno de caos en las que la tradicional asimetría, que confería la ventaja estratégica a los ejércitos con mayor desarrollo tecnológico, se va a invertir en beneficio de otros actores con menores capacidades militares, pero con la facilidad de recurrir al empleo de amenazas híbridas para conseguir los efectos deseados. En este nuevo orden mundial se difumina la frontera entre la guerra y la paz, entre la confrontación y la colaboración, abriendo una zona gris en la que se materializan un conjunto de conductas e instrumentos que no se ajustan estrictamente a la paz ni a la guerra.

3.2. La transformación tecnológico militar.

Si en epígrafe anterior hemos recurrido a un análisis temporal del proceso evolutivo de la guerra desde su dimensión político social; para conceptualizar su transformación tecnológico militar nos centraremos en los aspectos más relevantes que se han ido incorporando para darle una creciente complejidad a este fenómeno.

- La industrialización como punto de partida de la transformación de la guerra desde su dimensión tecnológica militar. Si bien, el primer gran cambio se producía con la aparición de los ejércitos nacionales, tras la Paz de Westfalia, que abría el paso a las guerras del orden que tenían lugar en campos de batalla separados de los centros de producción y de las grandes urbes, no

⁶ Kupchan, Charles. 2012. No one's world. The West, the rising rest, and the coming global turn. Oxford University Press. New York, USA.

sería hasta mediados del Siglo XIX cuando se iban a introducir una serie de cambios significativos en los conflictos armados. La revolución industrial introdujo nuevos condicionantes en las características de la guerra, entre los que se podrían destacar los que se indican a continuación.

- *Inclusión del espacio marítimo como segunda dimensión en la conducción de la guerra.* Los avances en la tecnología vinculada a la navegación, unido a la expansión continental de los imperios iba a ser determinante en el desarrollo del poder naval.
- *Capacidad de destrucción del armamento.* Los ejércitos pasarían a disponer de nuevas capacidades para imponer su voluntad al adversario. Este desarrollo armamentístico se manifestó por la expansión de las guerras de destrucción, cuya manifestación más evidente serían las dos guerras mundiales.
- *Desarrollo del poder aéreo.* Corolario de lo anterior sería la irrupción en el campo de batalla del arma aérea, la cual aportaba, no solo una mayor capacidad destructiva a los conflictos armados, sino que facilitaba la extensión de los campos de batalla a las ciudades y otros puntos estratégicos. El combate pasaría a desarrollarse en tres dimensiones: terrestre, marítima y aérea.
- *Evolución de los transportes y comunicaciones.* En el primer caso señalamos la profunda transformación que el ferrocarril introdujo en la configuración de los Teatros de Operaciones, especialmente en lo que se refiere al esfuerzo logístico y de sostenimiento de las operaciones terrestres. Mientras que los avances en materia de las comunicaciones tendrían su punto de partida con el telégrafo que introdujo importantes innovaciones en la conducción de la guerra y que seguiría de manera imparable y progresiva hasta nuestros días.
- *La mecanización y la movilidad.* La aparición en los campos de batalla de ingenios bélicos blindados dotados de gran capacidad de fuego y movilidad iba a introducir una nueva dimensión a un aspecto fundamental de las operaciones militares terrestres: la maniobra. Si el desarrollo armamentístico de finales del Siglo XIX y principios del XX había sido fundamental para la consolidación de las Guerras de Segunda Generación, la mecanización y movilidad, unidas al empleo del arma aérea, iban a ser determinantes en el desarrollo de lo que se conoce como Guerras de Tercera Generación, en las que la maniobra iba a constituir su principal referente.
- *Nuclearización de la guerra.* Dejando aparte las consideraciones geopolíticas sobre la evolución de la guerra, a las que nos hemos referido al tratar el período de la Guerra Fría, el desarrollo del arma nuclear iba a introducir importantes cambios en las características de los conflictos armados, tanto en el campo operacional como en el estratégico. De la mano de la amenaza del empleo de las armas de destrucción masiva se iba a configurar una amplia doctrina en el campo de la disuasión y de la contención. Fruto de todo ello sería la diferenciación de los niveles de conducción de la guerra: táctico,

operacional y estratégico, niveles que también tendrían su influencia en la evolución de los ingenios nucleares, incluidos sus vectores de proyección.

- *Revolución de los Asuntos Militares* (RMA, por sus siglas en inglés). Este concepto, que tiene su origen a finales del pasado siglo, se refiere al cambio trascendental en la fisonomía de la guerra, provocado por la aplicación innovadora de nuevas tecnologías que, combinadas con cambios radicales en la doctrina militar y en los conceptos operativos y organizativos, altera de manera fundamental el carácter y el desarrollo de las operaciones militares. Es decir, se trata de un concepto que supera el mero ámbito tecnológico, para abarcar otros como el organizativo y doctrinal

Si la mecanización y la movilidad son los principales factores que identifican a las guerras de tercera generación, los aspectos asociados a la RMA son los que nos conducen a las de cuarta generación, entre los cuales citaremos los que se estiman más relevante:

- *Telecomunicaciones y digitalización. Incorporación del espacio como cuarto entorno en la conducción del conflicto.* El extraordinario desarrollo de las telecomunicaciones y de las tecnologías digitales modificó sustancialmente la relación entre información, decisión y acción militar. La digitalización permitió integrar sensores, sistemas de mando y control y plataformas de combate, acortando el ciclo de decisión y favoreciendo una mayor conciencia situacional del campo de batalla. La información pasó así de constituir un elemento auxiliar de las operaciones a convertirse en un recurso estratégico y operacional cuya obtención, procesamiento, protección y transmisión condicionan la capacidad de combate.

Paralelamente, el creciente empleo militar del espacio –comunicaciones por satélite, posicionamiento, navegación, observación y alerta temprana– amplió los tradicionales entornos terrestre, marítimo y aéreo. Su incorporación como cuarto entorno de las operaciones incrementó extraordinariamente la capacidad de proyectar, coordinar y conducir fuerzas a escala global, pero generó también nuevas dependencias y vulnerabilidades que posteriormente se extenderían al ciberespacio.

- *Asimetría. Operaciones basadas en efectos.* En el nuevo contexto de la seguridad internacional surgido en las últimas décadas del pasado siglo iba a desarrollarse el concepto de asimetría, el cual otorgaba una situación de ventaja a la superioridad tecnológica occidental, lo que constituiría de hecho el factor decisivo para el desarrollo inicial de la RMA. Las estrategias asimétricas contribuían, en consecuencia a la contención del fenómeno bélico, evitando con ello los conflictos prolongados en el tiempo con un enorme desgaste, difícilmente asumible para las sociedades occidentales y, en consecuencia, con un considerable coste político.

En el marco de las operaciones asimétricas se iba a desarrollar el concepto de *Effects-Based Operations* (EBO), que desplazaba

parcialmente la prioridad en la destrucción física de fuerzas y objetivos hacia la consecución de los efectos necesarios para modificar el comportamiento del adversario. La acción militar comenzaba así a concebirse dentro de un sistema más amplio, en el que los efectos físicos interactuaban con otros de carácter político, económico, social o psicológico. Este planteamiento contribuyó a ampliar progresivamente el espacio conceptual de la guerra más allá de los tradicionales campos de batalla.

- *De la guerra en red a las operaciones de multidominio.* La creciente interdependencia entre los diferentes entornos operacionales condujo progresivamente a una concepción integrada de las operaciones. Tierra, mar, aire y espacio, dejarían de entenderse como entornos o ambientes relativamente independientes para convertirse en componentes interconectados de un mismo sistema operacional. La ventaja ya no dependía exclusivamente de la superioridad en cada uno de ellos, sino de la capacidad para integrar sus efectos de manera simultánea y coordinada.

Esta transformación encontró una de sus primeras formulaciones en la *Network-Centric Warfare*, basada en la conexión en red de sensores, decisores y sistemas de armas. La red permitía compartir información, acelerar la toma de decisiones y sincronizar fuerzas dispersas geográficamente, aumentando su eficacia conjunta. Se sentaban así las bases de las posteriores operaciones multidominio, en las que la capacidad decisiva reside cada vez más en conectar e integrar acciones y efectos producidos desde dominios diferentes.

- *Comunicación. Importancia de la dimensión cognitiva.* La revolución de las comunicaciones modificó igualmente la relación entre las operaciones militares y la percepción que de ellas tenían los combatientes, los decisores políticos y las sociedades. Particularmente significativa en este último grupo por la expansión de los medios de comunicación y, posteriormente, de Internet y las redes sociales, al reducir drásticamente la distancia entre el campo de batalla y la opinión pública. De esta forma la información dejaría de estar limitada a la descripción del conflicto, para convertirse también en un instrumento mediante el cual influir sobre su interpretación y, por tanto, sobre las decisiones y comportamientos de los diferentes actores.

Consecuencia de ello sería el desplazamiento de la importancia del terreno físico al humano, entendido como el espacio de percepciones, voluntades, identidades y comportamientos sobre el que también se pretende producir efectos. El objetivo último deja de ser necesariamente la destrucción de las capacidades materiales del adversario y pasa a incluir la modificación de su voluntad de combatir, de la percepción de legitimidad del conflicto o del apoyo social y político que lo sustenta. Esta progresiva centralidad de la dimensión cognitiva constituye uno de los

principales nexos entre la RMA y las guerras de cuarta generación, en las que la frontera entre combatiente y no combatiente, guerra y paz, y campo de batalla y sociedad se vuelve crecientemente difusa.

En síntesis, la evolución tecnológico-militar de la guerra (*warfare*) evidencia, por una parte, la transición de los clásicos campos de batalla definidos y con una cierta continuidad hacia los espacios multidominio, en los que incluso los teatros de operaciones se encuentran deslocalizados. Pero también, se pone de manifiesto que la ventaja estratégica va más allá de la destrucción militar del adversario para tratar de afectar a todo su sistema político-social. Desde este nuevo enfoque se trata de crear efectos que trasciendan de los ámbitos puramente operacionales y tácticos, difuminando de este modo los tradicionales niveles de conducción de la guerra: estratégico, operacional y táctico.

3.3. Las guerras de quinta generación.

La convergencia de estas transformaciones político-sociales y tecnológico-militares permite aproximarnos a las denominadas guerras de quinta generación. Más que constituir una nueva categoría cerrada de guerra, este modelo refleja la creciente complejidad del fenómeno bélico, cuyas principales señas de identidad serían la multiplicación y heterogeneidad de los actores, la ampliación de los dominios de confrontación, la difuminación de las fronteras entre lo civil y lo militar, la creciente importancia de las dimensiones informacional y cognitiva y la combinación de instrumentos militares y no militares para alcanzar objetivos estratégicos. En ellos, la superioridad tecnológica continúa siendo relevante, pero deja de garantizar por sí misma una ventaja estratégica decisiva, especialmente frente a adversarios capaces de explotar las vulnerabilidades políticas, sociales, jurídicas o informacionales del oponente.

Esta nueva manifestación de la guerra supone una nueva etapa en la transformación del fenómeno bélico, caracterizada por una creciente complejidad y por la definitiva superación de la exclusividad del modelo de guerra industrial, tradicionalmente asociado al enfrentamiento convencional entre Estados. Aunque este modelo no puede considerarse formalmente desaparecido, como demuestra la guerra entre Rusia y Ucrania, los conflictos contemporáneos incorporan características que los alejan de sus manifestaciones históricas. En este contexto adquiere relevancia el concepto de “*nuevas guerras*” desarrollado por Mary Kaldor, en las que, según esta autora, se difuminan las fronteras entre la violencia política, la criminalidad organizada y las violaciones masivas de los derechos humanos, como consecuencia de la concurrencia de actores estatales y no estatales cuyos intereses y objetivos no siempre resultan claramente diferenciables.⁷

Esta transformación afecta también a la concepción del empleo de la fuerza y a los escenarios en los que se desarrolla la confrontación. Rupert Smith⁸ cuestiona la vigencia de la guerra entendida como un enfrentamiento decisivo entre ejércitos en el campo de batalla, introduciendo una interpretación en la que adquieren mayor

⁷ Kaldor, Mary (2012) *New and Old Wars*. Polity Press. Cambridge, UK

⁸ Smith, Rupert. 2006. *The Utility of Force. The Art of War in the Modern World*. Penguin Books. London, UK.

relevancia la utilidad política de la fuerza y el arriba mencionado terreno humano. Para este autor, la población deja de constituir únicamente el entorno en el que se desarrollan las operaciones para convertirse en el elemento central de la confrontación —“*war amongst people*”—. Esta interesante aproximación a las características del conflicto armado explica la creciente importancia de la dimensión cognitiva y de las actuaciones orientadas a influir sobre las percepciones, las actitudes y las voluntades.

Además de lo anterior esta nueva generación de las guerras supone la incorporación de dos nuevos ambientes a los anteriores, terrestre, marítimo y aeroespacial, como son el ciberespacio y el cognitivo. El primero de ellos, el ciberespacio, forma parte de lo que la Estrategia de Seguridad Nacional de España denomina “*espacios comunes globales*”,⁹ es decir, aquellos ámbitos de interconexión y circulación internacional, caracterizados por su accesibilidad, la ausencia de fronteras físicas claramente delimitadas y las limitaciones de la soberanía estatal, circunstancias que incrementan su vulnerabilidad frente a amenazas transnacionales y dificultan la atribución de acciones hostiles. Su principal atributo negativo, desde el punto de vista de la seguridad, viene de la dificultad de la atribución de cualquier acción hostil o delictiva, como consecuencia de su extensión, así como por su débil regulación y por la ausencia de soberanía en este entorno.¹⁰ En lo que respecta al espacio cognitivo tampoco se trata, como en el caso anterior, de un espacio físico sino que está relacionado con las percepciones, creencias y voluntades, su influencia se ve reforzada por el empleo masivo de las nuevas tecnologías sociales, situando como principal amenaza en este entorno la propaganda.

Así en esta nueva dimensión de la guerra se va a producir un cambio radical en el concepto de la asimetría por el que los actores militar y tecnológicamente inferiores recurren al empleo de estrategias asimétricas orientadas a explotar las ventajas sobre potencias superiores, tal y como exponía en un artículo anterior, en el que introducía el concepto de la “*asimetría inversa*” con el que trataba de explicar cómo actores más débiles logran ventajas estratégicas frente a adversarios superiores.¹¹ Este es posiblemente uno de los aspectos esenciales que conforman el actual conflicto armado y que no es sino una manifestación de la condición, arriba expuesta, de la discontinuidad del fenómeno de la guerra.

A estas transformaciones se añade la creciente transnacionalización de los conflictos armados, favorecida por la globalización y la interconexión del sistema internacional, que dificultan la distinción entre lo interno y lo externo, lo local y lo global, e incluso entre agresión y represión. Paralelamente, la privatización de determinadas funciones militares, la incorporación del ciberespacio como nuevo ámbito de confrontación y la progresiva robotización de los sistemas de combate amplían los actores, instrumentos y escenarios de la guerra. Todo ello exige estrategias integrales que superen el empleo exclusivo de la fuerza militar mediante la coordinación de

⁹ Presidencia del Gobierno. (2021). Estrategia de Seguridad Nacional 2021. <https://www.boe.es/eli/es/rd/2021/12/28/1150/con>

¹⁰ De Miguel, Jesús (2023). Una visión amplia de la seguridad. ISBN 9798854206211. Amazon

¹¹ De Miguel, Jesús. (2025). Una nueva dimensión de la asimetría del conflicto armado. IEEES/MINISDEF, Madrid, España. https://www.defensa.gob.es/documents/2073105/2320887/una_nueva_dimension_del_conflicto_2025_dieeo86.pdf/5efce92f-c711-ff2f-5e34-7badd653b104?t=1760962148589

instrumentos políticos, diplomáticos, económicos, militares, etc, apoyados en operaciones de información, cuyos efectos pueden resultar determinantes para el desarrollo y desenlace del conflicto.

En consecuencia, las guerras de quinta generación presentan un marcado carácter híbrido, entendido como la concurrencia e integración de actores, capacidades, instrumentos y procedimientos de distinta índole, que difuminan las fronteras entre lo público y lo privado, lo estatal y lo no estatal, lo formal y lo informal, y lo local y lo global. Este nuevo enfoque híbrido del conflicto armado introduce nuevas condiciones en la relación entre los contendientes y obliga a reconsiderar el concepto tradicional de asimetría, inicialmente asociado a las diferencias de capacidades, particularmente tecnológicas, entre adversarios. En las guerras actuales este gap tecnológico ha sufrido una evidente inversión en la lógica estratégica, en la medida que la ventaja se inclina en muchas ocasiones hacia el contendiente de mayor debilidad.

4. LA CONCURRENCIA Y LOS LÍMITES ENTRE LA CONFLICTIVIDAD EN ZONA GRIS Y LAS GUERRAS HÍBRIDAS.

A la vista de lo expuesto en el epígrafe anterior, el proceso evolutivo descrito para el conflicto armado nos conduce hacia una progresiva difuminación de los límites tradicionales entre la paz y la guerra, así como el recurso al empleo simultáneo de instrumentos militares y no militares. Así pues, la guerra y la paz ya no pueden ser considerados términos absolutos, el primero de ellos –la guerra– si bien mantiene su naturaleza política, violenta y controversial, no sucede lo mismo con sus manifestaciones, características e instrumentos utilizados en su conducción. Si nos referimos a la paz, tampoco responde a su tradicional dimensión, pudiendo incluso considerarse más apropiado referirnos a este estado como de “*no guerra*”. Este enfoque se acomoda al modelo de “*paz con seguridad*” que propone Gray¹², en el que reconoce que el nuevo orden mundial no responde formalmente a una situación de guerra pero que, a su vez, adolece de seguridad.

Es precisamente en este espacio de creciente ambigüedad donde adquieren relevancia lo que se conoce como “*zona gris*” (ZG), un entorno que se podría entender como aquel en el que se producen un conjunto de actitudes, instrumentos y estrategias que no se corresponden ni con la paz ni con la guerra en ninguna de sus manifestaciones. La ZG bien podría ser considerada como una antesala y, simultáneamente, facilitador de las guerras híbridas, por cuanto en este espacio conceptual se identifica una tendencia hacia la dimensión híbrida de los riesgos.¹³

Guerras híbridas y zona gris tienen notables elementos en común, lo que contribuye, posiblemente, a que se mencionen de manera indistinta. Pero, tal y como propone Baqués,¹⁴ ambos conceptos tendrían cosas en común, como sería el alejamiento de las

¹² Gray, Colin S. (2012). War, Peace and International Relations. eBook Routledge. London, UK

¹³ De Miguel. (2024) *Ibíd*

¹⁴ Baqués, Josep (2017) Hacia una definición del concepto de “Gray Zone” Documento de Investigación 02/2017 del IEEE. Madrid, España

guerras tradicionales como instrumento de la política de los Estados. Sin embargo, hay que tomar en consideración que la conflictividad en zona gris, a pesar de incluir algunos elementos y situaciones propios de las guerras híbridas, no responden formalmente a la propia naturaleza de la guerra. Es el caso de las amenazas híbridas, entendiendo por tales aquellas acciones o recursos que sin ser en sí mismo una amenaza son utilizados por un adversarios con la intención de causar un daño o explotar una vulnerabilidad propia. Con independencia de la condición del actor que las origina (estatal o privado) y del hecho de su intencionalidad de alcanzar con ellas un efecto estratégico, su empleo no debe asociarse de manera exclusiva a la guerra. Al contrario, en la mayoría de las situaciones en cuyo origen se encuentran las amenazas híbridas responden más apropiadamente a la conflictividad en zona gris, a pesar de la gravedad de los efectos.

Podemos citar numerosos ejemplos de situaciones de gran gravedad e impacto en la seguridad internacional que inapropiadamente fueron calificadas como guerra, desplegando en consecuencia un abanico de respuestas cuya eficiencia ha sido cuando menos cuestionable en base al coste eficacia. La denominada “*guerra contra el crimen organizado*” impulsada por el presidente mexicano Felipe Calderón en 2006 en la que implicó a las fuerzas armadas mexicanas en la seguridad pública, lejos de terminar con el problema, no hizo sino incrementar la violencia en México. De manera similar, el recurso a la “*guerra global contra el terror*” auspiciada por el presidente Georges Bush tras los ataques de Al Qaeda del 11 de septiembre de 2001, convirtió el planeta en un teatro de operaciones en el que era posible la ejecución sumaria de supuestos líderes terroristas y cuyos resultados, no solo no han permitido la erradicación del terrorismo como amenaza a la seguridad internacional, sino que han supuesto un desgaste sin precedentes en guerras como Afganistán, Irak o Siria durante más de veinte años.

Evidentemente, el crimen organizado transnacional y el terrorismo son dos fenómenos que confieren un marcado carácter híbrido a las guerras, pero no debieran ser considerados como elementos cuya identidad justifique que la inseguridad que generan pueda ser calificada como guerra, sino que se ajustan más apropiadamente al modelo de conflictividad en zona gris.

Sin embargo, no es menos cierto que una de las señas de identidad de la guerra híbrida es la combinación deliberada y coordinada de procedimientos convencionales e irregulares, junto con instrumentos no militares, para alcanzar determinados objetivos estratégicos. Hoffman, uno de los principales referentes en la conceptualización de este fenómeno, destaca la concurrencia de capacidades militares convencionales, tácticas irregulares, terrorismo y actividades criminales, que pueden ser empleadas por actores estatales o no estatales. Esta combinación no responde a una mera acumulación de medios, sino a su integración dentro de una estrategia común orientada a explotar las vulnerabilidades del adversario, multiplicar los efectos de las acciones y dificultar su capacidad de respuesta.¹⁵

Desde esta perspectiva, las guerras híbridas incorporan buena parte de las características anteriormente atribuidas a las guerras de quinta generación: heterogeneidad de actores, asimetría, transnacionalidad, multidominio y creciente

¹⁵ Hoffman, Frank G (2007) Conflict in the 21st century: The rise of hybrid wars. Potomac Institute for Policy Studies. Arlington, USA

relevancia de las dimensiones informacional y cognitiva. La confrontación deja de limitarse al campo de batalla convencional para extenderse al conjunto del sistema político, económico y social del adversario, en el que el terreno humano adquiere una importancia estratégica singular. A ello se añade la combinación de acciones abiertas y encubiertas, la dificultad de atribución y la explotación de las ambigüedades jurídicas y políticas, circunstancias que permiten producir efectos estratégicos sin recurrir necesariamente a la superioridad militar. No obstante, conviene recordar, como señalan Murray y Mansoor, que la combinación de procedimientos regulares e irregulares no constituye una novedad histórica, aunque las transformaciones tecnológicas y sociales contemporáneas hayan multiplicado sus posibilidades y efectos.¹⁶

La principal dificultad conceptual aparece, por tanto, al establecer los límites entre las guerras híbridas y la conflictividad en zona gris. Ambas comparten instrumentos, procedimientos y finalidades estratégicas, pero no necesariamente su naturaleza. Mientras que la guerra híbrida constituye una modalidad de conducción del conflicto armado, en la que la violencia organizada se integra con otros instrumentos de poder, la zona gris representa un espacio de competencia y confrontación en el que pueden desarrollarse estrategias híbridas sin alcanzar el umbral de la guerra. La diferencia fundamental no reside, por consiguiente, en los medios utilizados ni exclusivamente en la gravedad de sus efectos, sino en la existencia o ausencia de un conflicto armado propiamente dicho.

5. POR QUÉ LA CRISIS DE CEUTA NO DEBE SER CONSIDERADA UNA GUERRA HÍBRIDA.

La combinación de instrumentos y procedimientos de diferente condición no determina por sí misma la existencia de una guerra híbrida. Para establecer cuándo estas actuaciones constituyen una manifestación del fenómeno bélico y cuándo permanecen por debajo de su umbral, resulta necesario recurrir a los elementos que definen la naturaleza de la guerra, anteriormente identificados: su carácter político y colectivo, la confrontación entre voluntades y el recurso organizado a la violencia. En consecuencia, la utilización de amenazas híbridas puede formar parte de la conducción de una guerra, pero también de estrategias de presión y coerción propias de la conflictividad en zona gris, sin que ello implique necesariamente la existencia de un conflicto armado.

La argumentación expuesta en los puntos anteriores de este documento, basada en el marco teórico sobre el fenómeno de la guerra, nos debiera llevar a asumir que la situación que se está viviendo en Ceuta desde el pasado 30 de julio no se ajusta a la naturaleza de la guerra, pero tampoco, responde las características que se identifican con lo que sería una guerra híbrida.

En este sentido, resaltamos la expresión de Mansoor “*war is war*”, con ello nos quiere decir que independientemente de la lucha contra las amenazas híbridas no se genera *per se* un estado de guerra. De manera similar a como sucede al calificar la guerra como

¹⁶ Murray, W y Mansoor, P (2012). *Hybrid Warfare. Fighting Complex Opponents from the Ancient World to the Present*. Cambridge University Press. New York, USA.

convencional o nuclear, limitada o total, regular o irregular, etc., el adjetivo híbrido aplicado a la guerra nos ayuda a asociar la naturaleza invariable de este fenómeno a una caracterización específica de su manifestación y conducción, como son la convergencia de fuerzas regulares e irregulares y de amenazas convencionales e híbridas, así como de concurrencia de combates convencionales y asimétricos.

Centrándonos en el asalto a la frontera de la ciudad de Ceuta, calificada de forma simplista como crisis migratoria, estamos ante una grave vulneración de la seguridad nacional, la cual debe de ser entendida, atendiendo tanto a los hechos documentados como a aquellos sobre los que se pueden deducir una intencionalidad, bajo tres factores estructurales: las fuerzas motrices que impulsan la estrategia de Marruecos, las relaciones entre Madrid y Rabat, y el fenómeno migratorio en su relación con la seguridad nacional.¹⁷ Sobre el primero de los factores citados se debe señalar que entre los intereses estratégicos de este país norteafricano se encuentra la anexión de los territorios de soberanía española en el Norte de África. El segundo de ellos se refiere a las relaciones bilaterales, las cuales, enmarcadas en una notable ambigüedad, abarcan dos grandes grupos de asuntos: los que representan una notable controversia, incluso confrontación como es la pretensión de alterar en su beneficio el *statu quo* de Ceuta y Melilla; junto a otros en los que ambas partes precisan un cierto grado de cooperación, entre los que se pueden citar la lucha contra el crimen organizado, la contención del terrorismo yihadista y la regulación del fenómeno migratorio, no olvidemos que Marruecos es a su vez origen y tránsito de los flujos de migrantes.

En una primera aproximación, se podría afirmar que ninguno de estos dos factores mencionados nos alerta sobre la existencia de una guerra entre ambos países, más bien todo lo contrario, aunque la situación de seguridad no reúna las deseables condiciones de estabilidad, es decir una suerte de paz sin seguridad como hemos citado anteriormente. Si nos centramos en el tercero de los factores mencionados, la migración en su relación con la seguridad nacional, cabe decir en primer lugar que se trata de un fenómeno de gran complejidad y que sin ser en sí mismo un asunto de seguridad, en el contexto actual puede perfectamente considerarse como una cuestión securitizada. Esta condición se deriva de su doble condición de riesgo y amenaza, la primera por cuanto se trata de un fenómeno que genera efectos y la segunda por ser susceptible de producir un daño y albergar la intención de causarlo, lo que lo convierte en un instrumento de presión –amenaza híbrida– para obtener una ventaja estratégica. En consecuencia, la migración tampoco representa un factor que en sí mismo convierta una situación de inseguridad en una guerra.

Así pues, atendiendo a los tres factores citados pareciera claro que la situación de crisis de seguridad nacional en la que España está inmersa en relación con la crisis de Ceuta y la relación con el Reino alauí responde más apropiadamente a la conflictividad característica de la zona gris en la que se manifiestan una serie de conductas y se utilizan instrumentos que no se corresponden con la paz ni con la guerra, sino con un entorno de gran complejidad en el que competencia y colaboración se superponen.

¹⁷ De Miguel, Jesús (2026) La crisis de Ceuta y su relación con la presión estratégica, la vulnerabilidad y la disuasión. Aula Isen de Estudios Estratégicos. Cartagena, España <https://isen.es/publicacion/la-crisis-de-ceuta-y-su-relacion-con-la-presion-estrategica-la-vulnerabilidad-y-la-disuasion/>

6. CONCLUSIONES.

A la vista de lo expuesto en los diferentes puntos de este artículo se podrían extraer las siguientes conclusiones que nos deberían llevar a la correcta utilización del concepto de la guerra híbrida, cuyo recurso en el caso de la situación tras la invasión de Ceuta es tan inapropiado como denominarla crisis migratoria.

- La guerra constituye un fenómeno político y social cuya naturaleza permanece relativamente constante a lo largo de la historia, aunque sus manifestaciones experimenten profundas transformaciones. La confrontación de voluntades colectivas, la finalidad política y el recurso organizado a la violencia continúan siendo elementos esenciales para identificar el fenómeno bélico. En consecuencia, la evolución de los actores, los escenarios, las tecnologías y los procedimientos empleados en su conducción no justifica, por sí misma, una modificación de su naturaleza. La continuidad de la guerra resulta, por tanto, compatible con la discontinuidad de sus manifestaciones.
- Las transformaciones político-sociales y tecnológico-militares han introducido una creciente complejidad en los conflictos contemporáneos. La multiplicación de actores estatales y no estatales, la transnacionalización, la integración de los diferentes dominios de confrontación y la importancia adquirida por el terreno humano y la dimensión cognitiva han ampliado extraordinariamente los instrumentos disponibles para alcanzar objetivos estratégicos. En este contexto, la superioridad militar y tecnológica ya no garantiza necesariamente la ventaja estratégica, al tiempo que actores con capacidades inferiores pueden explotar las vulnerabilidades del adversario mediante procedimientos asimétricos.
- La hibridación constituye una característica relevante de los conflictos contemporáneos, pero no debe confundirse con la naturaleza de la guerra. La combinación de instrumentos militares y no militares, convencionales e irregulares, abiertos y encubiertos, puede formar parte de la conducción de un conflicto armado, pero también manifestarse en estrategias de competencia y coerción desarrolladas por debajo de su umbral. Por consiguiente, la existencia de amenazas híbridas no permite concluir automáticamente que se está desarrollando una guerra híbrida. Esta distinción resulta fundamental para comprender la conflictividad en zona gris, caracterizada por la coexistencia de cooperación, competencia y confrontación en un entorno de ambigüedad estratégica.
- La crisis de Ceuta debe interpretarse desde esta diferenciación conceptual. La instrumentalización de los flujos migratorios como mecanismo de presión estratégica, en el contexto de las aspiraciones territoriales de Marruecos y de las complejas relaciones bilaterales con España, constituye una grave cuestión de seguridad nacional. Sin embargo, atendiendo a los elementos que definen la naturaleza de la guerra, los hechos analizados no permiten caracterizar esta crisis como una guerra híbrida, sino como una manifestación de conflictividad en zona gris, en la que el empleo de instrumentos híbridos persigue la obtención de ventajas estratégicas sin recurrir a un enfrentamiento armado entre los Estados.

- La precisión conceptual no constituye una cuestión meramente académica, sino una exigencia para la adecuada interpretación de los riesgos y amenazas y para la formulación de las correspondientes respuestas estratégicas. Calificar como guerra cualquier situación de inseguridad provocada por el empleo de instrumentos híbridos puede conducir a una percepción distorsionada de la amenaza y a la adopción de respuestas desproporcionadas o ineficaces. La crisis de Ceuta, evidencia lo inadecuado de la utilización de guerra híbrida para referirnos a ella, lo que no es óbice para afirmar que Marruecos está recurriendo a la aplicación de estrategias híbridas. Ante ello, se pone de manifiesto la necesidad de disponer de una estrategia integral que combine prevención, disuasión, resiliencia y, cuando proceda, instrumentos de coerción, ajustando los medios a la naturaleza real del conflicto. El hecho de reconocer que una confrontación no constituye una guerra no supone minimizar su gravedad, sino establecer las condiciones necesarias para responder a ella con mayor eficacia.